

Discurso de investidura
Rector de la Universidad Finis Terrae
Juan Eduardo Vargas Duhart

Este es un día muy significativo para mí y quiero empezar agradeciendo la oportunidad que se me brinda de ser el quinto rector que ha tenido esta institución. Agradezco primeramente la confianza y apoyo del Consejo Superior, que ha visto en mí a la persona indicada para liderar a la Universidad en este período. Debo agradecer, asimismo, a muchas otras personas, comenzando por mi mujer, Macarena, y mis hijos, Juan Eduardo, Nicolás, Macarena, Felipe y María, quienes han visto con el paso de los años cómo su marido y padre ha pasado del mundo financiero al de la educación -con solución de continuidad filosófica y política- apoyándolo sin reservas. Ese incondicional y permanente apoyo ha sido clave para que yo finalmente pueda estar aquí el día de hoy, lo que no puedo dejar de valorar y agradecer profundamente. Debo agradecer, también, ¡cómo no!, a mis padres, en quienes siempre he visto un ejemplo y apoyo enormes en las diversas decisiones que he ido tomando a lo largo de mi vida profesional. No solo eso: el amor por las humanidades y por la educación son, sin duda, una herencia de ellos, ambos historiadores.

Adicionalmente, me gustaría agradecer al rector saliente, Cristian Nazer, no solo por el ejemplo excelso de bonhomía sino también por el apoyo constante a mi labor como vicerrector y a los diversos cambios que desde ese cargo impulsé. Agrego también el apoyo que me ha entregado una vez conocido mi nombramiento como rector, así como su contribución al clima de absoluta generosidad y confianza con que hemos vivido este período de transición. Debo agradecer, asimismo, a esta comunidad universitaria, que quizá con razonables dudas me apoya en esta desafiante tarea que asumo el día de hoy.

Finalmente, en una reflexión más íntima, me gustaría contarles que llego a este cargo gracias a una misteriosa combinación de situaciones y

circunstancias vitales, tras las cuales puede adivinarse la mano de la Providencia. Le agradezco a Dios, entonces, por la posibilidad que me da de asumir este cargo el día de hoy. Le pido a Él que me dé la sabiduría para desempeñarlo con humildad y prudencia, y a ustedes -querida comunidad- que me tengan presente en sus oraciones y buenos deseos, para que pueda estar a la altura de lo que se espera de mí.

En estas palabras que quiero dirigirles, deseo transmitir algunos mensajes a la comunidad interna, relacionados con nuestra propia institución y con lo que plantearé como los ejes principales -pero no únicos- de desarrollo durante mi gestión, aunque también me referiré a la situación de la educación universitaria en general en nuestro país, y cómo ella afecta -de una u otra manera- a nuestra Universidad. Habiendo sido subsecretario de educación superior, ciertamente sería extraño que no hiciese una mención a este último punto.

Comencemos, pues, por el primero de esos dos tópicos: nuestra universidad. Posiblemente a ustedes sea a quienes menos deba hablar de la “Finis”, pero creo que esta oportunidad permite que pueda referirme, después de haberlos vivido y reflexionado latamente, a aquellos elementos que considero muy positivos de esta institución.

En primer lugar, la Finis Terrae es una **verdadera universidad**, en el sentido de que tiene como misión **buscar la verdad y formar integralmente** a sus estudiantes. No digo que otras universidades no la tengan (sería absurdo siquiera esbozarlo), pero en esta casa de estudios el interés primario y palmario que observo es el de una comunidad que busca formar y generar conocimiento. No existen intereses de otro tipo, que, aunque legítimos, pueden distorsionar -a mi juicio- el verdadero sentido de una institución universitaria. Las preocupaciones de todos aquellos con quienes he podido interactuar me dan cuenta de que, a la base de todas ellas, se encuentran finalmente nuestros estudiantes y su proceso formativo. Eso tiene un inmenso valor.

No solo ello: esta universidad cuenta con una **arraigada cultura académica**, que he podido constatar personalmente. Eso también constituye un enorme valor, en la medida en que creamos -como estoy convencido que todos creen- de que hacer universidad es construir una comunidad de personas que interactúan entre sí. En efecto, la manera en la que las diversas autoridades del ámbito académico se involucran en la toma de decisiones; la profundidad con la que se conversan asuntos de índole académica en el Consejo homónimo; la participación que observo en el Consejo Académico Ampliado, me ilustran que existe una gran valoración por la opinión de nuestras autoridades y académicos, y que todos ellos tienen instancias en las cuales pueden conversar y plantear sus visiones. Aunque pueda parecer algo de perogrullo, créame que la existencia de esta cultura académica es un elemento muy positivo de nuestra institución, que no hay que dar por sentado que exista de manera tan profunda en todas las universidades del país.

En tercer lugar, existe en la Finis un amor y una historia que valoran tremendamente las **artes y las humanidades**. En diversas ocasiones he dicho -y esta vez no será la excepción- que una gran característica de esta institución es que las artes y las humanidades no están en permanente tela de juicio; no deben estar dando incómodas explicaciones respecto de su presencia en la Universidad. Esto es algo que no es evidente en el ámbito de la educación superior, particularmente en el de las universidades privadas, pues no resulta ningún misterio que los programas asociados a estas áreas del conocimiento distan de generar grandes excedentes. Sin embargo, una universidad que renuncia al cultivo de las humanidades es -a mi juicio- una institución que deja de lado un área fundamental en la construcción de una verdadera universidad, pues ellas permiten una mejor comprensión del hombre y de la sociedad. Asimismo, una universidad que, habiendo desarrollado el área artística, renuncia a ella, desestima un lenguaje y una sensibilidad que también son claves para entender de manera comprensiva nuestra sociedad. En un contexto en el que nos preguntamos si la inteligencia

artificial llegará a reemplazarnos o a hacer nuestras labores cotidianas, las artes y las humanidades, como espacio privilegiado para el encuentro con la belleza, parecen ser irremplazables; es ese valor formativo que tienen ambas el que debe ser resaltado, especialmente en los tiempos que corren. No todo es mensurable, no todo es sujeto de ser reducido a números; no todo el proceso formativo se reduce a la medición de competencias: la experiencia de enfrentarse a lo bello, a lo sublime es, en ese sentido, esencialmente formativa. Vale la pena -en este orden de ideas- citar a Nuccio Ordine, quien en su obra “La utilidad de lo inútil” afirma: *“Pero ¿la tarea de la enseñanza puede realmente reducirse a formar médicos, ingenieros o abogados? Privilegiar de manera exclusiva la profesionalización de los estudiantes significa perder de vista la dimensión universal de la función educativa de la enseñanza: ningún oficio puede ejercerse de manera consciente si las competencias técnicas que exige no se subordinan a una formación cultural más amplia [...] Sin esta dimensión pedagógica [...] sería muy difícil, ante el futuro, continuar imaginando ciudadanos responsables, capaces de abandonar los propios egoísmos para abrazar el bien común, para expresar solidaridad, para defender la tolerancia, para reivindicar la libertad, para proteger la naturaleza, para apoyar la justicia...”*.

La diversidad es, sin lugar a dudas, otro elemento tremendamente valioso de esta institución, la que se expresa en el amplio abanico de estudiantes que tenemos, pero también en las diversas áreas del conocimiento que abarcamos y, junto con ello, en los diferentes académicos que integran nuestra planta. En la búsqueda de la verdad, esta diversidad ciertamente es casi una condición necesaria. Al respecto, siempre me gusta citar un libro que me ha marcado mucho, *On Liberty*, de John Stuart Mill, en el que se afirma que *“en el estado actual del espíritu humano no puede llegarse a la posesión de la **verdad completa** más que a través de la **diversidad de opiniones**. Es probable que los disidentes, que no comparten la aparente unanimidad del mundo sobre un asunto cualquiera, tengan que decir, incluso aunque el mundo esté en lo cierto, alguna cosa que merezca ser escuchada, y es probable también que **la verdad perdiera algo con su silencio.**”* Sin duda,

podría hablarles de la importancia de la diversidad por un buen rato. Solo agregó que ella es la antesala de la verdad, la que de todos modos existe y no se reduce a un mero acuerdo entre partes que difieren.

La escala humana, por último, es otro elemento tremendamente valioso de esta institución. No podría ser de otra forma si lo que nos anima, en todas las universidades de la red internacional de universidades del Regnum Christi es la formación integral, la cual difícilmente puede darse en un contexto de masificación o cuando la interacción entre profesores y estudiantes se dificulta por la baja proporción existente entre los primeros y los segundos. Esto no ha de entenderse como una crítica a las universidades grandes o masivas, pero debe reconocerse que la aspiración de construir una verdadera comunidad se dificulta en extremo cuando la población estudiantil es demasiado alta. Es notable, en este sentido, comprobar cómo ciertos directores de carrera o secretarios académicos de nuestra Universidad guardan recuerdos de prácticamente todos sus estudiantes, lo cual habla muy a las claras del espíritu y de la relación que existe en las diversas escuelas de esta institución.

Dejo de lado mis impresiones respecto de nuestra universidad. Me referiré ahora a los desafíos que visualizo, que también he denominado ejes de lo que será mi gestión (no los únicos, por cierto).

En primer término, deseo que avancemos decididamente hacia la **excelencia**. Qué se entiende por excelencia es, sin embargo, complejo o, como un gran maestro mío diría, “excelencia se dice de muchas maneras”. Por eso, intentaré ahondar en este concepto, para que se comprenda hacia dónde quiero que apuntemos como institución. De este modo, propongo que la entendamos primeramente como “una manera excelente de hacer las cosas”. Así, en esa comprensión, podemos pensar que esa manera excelente debiese conducirnos a una **cultura de la excelencia**. Si ustedes me apuran, esto es finalmente lo que más me interesa: que construyamos una verdadera **cultura de la excelencia**, de forma tal que todo lo que realicemos como universidad

nos esforcemos por hacerlo de la mejor manera posible. Sé que más de alguno pensará que esa cultura de la excelencia no es posible de ser construida si no contamos con los recursos para ello. Si bien no puedo dejar de reconocer que definitivamente ayudan, una verdadera cultura de la excelencia no depende de los recursos con los que cuente una institución. En efecto, hacer las cosas de modo excelente depende más bien de la actitud con la que nos decidimos a emprender aquello que debemos hacer: la clase para mis estudiantes, la preparación de una evaluación, el cariño con el que corrijo a mis alumnos, las posibilidades de todo tipo que me esfuerzo por abrirles, la preocupación con la que contacto a mis egresados para mantener un vínculo con ellos, la preparación de una jornada de trabajo, la planificación de una actividad, la investigación que desarrollo, la obra de arte que empiezo a crear, la manera en la que encaro una reunión de trabajo, la rapidez con la que contesto un correo electrónico, la manera en la que me presento frente a un actor externo para ofrecerle desarrollar una relación de colaboración y un largo etcétera de ocasiones que podría seguir enumerando. Todo lo anterior, en suma, es el reflejo de una cultura de excelencia, la que, en última instancia, según lo veo yo, no constituye una opción sino una obligación de carácter ético para con nuestros estudiantes, académicos, funcionarios y la comunidad en general, pues al no esforcernos máximamente por realizar las cosas bien estaremos yendo en contra de nuestra misión como universidad: en efecto, no estaremos *“construyendo una comunidad académica de excelencia que busca la verdad, el bien y la belleza”*. En suma, si queremos ser fieles a nuestro mandato, no podemos resignarnos a ser simplemente una institución más: de nosotros debe exigirse lo mejor. Por cierto, aunque es solo un indicador, de una universidad que aspira a la excelencia deberá esperarse que tenga una acreditación institucional en el nivel correspondiente, esto es, de excelencia. Este será, probablemente, el objetivo más desafiante que tendremos en los próximos años. En este orden de ideas, también propondré como meta posicionarnos dentro de las 5 mejores universidades privadas del país.

En segundo lugar, menciono el **reposicionamiento** como un gran desafío institucional, que debe permear todo nuestro quehacer. Quiero aclarar que este afán no lo entiendo como un simple interés en mostrarse, en ser conocido o reconocido o en estar en boca de muchos. Este afán, más bien, obedece al deseo de sacar a la luz todo aquello que realizamos, que no es poco y que ofrece resultados maravillosos a la sociedad. Es conocida por varios la frase que suelo usar para pedirles que con confianza en sí mismos y cierta pachorra hablen de todo lo bueno que realizamos en nuestra institución, sin perjuicio de reconocer -por cierto- lo mucho que nos falta por avanzar. Insisto en que ese interés no se justifica solamente por pretender que se haga justicia en términos del reconocimiento social que nuestra institución merece ni tampoco puede reducirse a un cierto interés narciso; todo lo contrario: reconociendo lo que somos, sin agregar nada más, pero sin esconder nada, es menester sacar la voz y mostrar a toda la sociedad la fuerza del proyecto de la Universidad Finis Terrae. En este mismo orden de ideas, nuestra condición de institución católica nos interpela a levantar la voz en la sociedad, precisamente para hacer ver la mirada cristiana en medio del mundo. No por nada la constitución apostólica *Ex Corde Ecclesiae* afirma literalmente que “el objetivo de una Universidad Católica es el de garantizar de forma institucional una presencia cristiana en el mundo universitario frente a los grandes problemas de la sociedad y de la cultura”. Por lo mismo, no debemos ocultarnos frente a la sociedad y el mundo: es nuestro deber estudiar aquellos temas relacionados con nuestro quehacer y con problemas que aquejan a nuestro país, y sobre esa base brindarle a la sociedad guías, matices, recomendaciones, respuestas que aporten al debate y a la búsqueda del bien común. Por ello, la creación relativamente reciente de nuestro Centro de Políticas Públicas (heredero del Instituto de Políticas Públicas que antaño tuvo esta universidad) es una muy buena noticia y algo que debiera resultar connatural a nuestra calidad de universidad católica. El desafío ahora estará en potenciar su crecimiento y ampliar su radio de acción a nuevos ámbitos del saber. Por último, la mayor visibilidad y exposición que tengamos como consecuencia de este esfuerzo de reposicionamiento también

redundará en la posibilidad cierta de atraer mejores estudiantes, docentes e investigadores.

En tercer lugar, no puedo dejar de mencionar la **sostenibilidad**, que se reviste de un carácter eminentemente **financiero**. En efecto, es imposible desconocer que la adscripción a la política de gratuidad ha implicado para nuestra Universidad una merma de sus ingresos, lo cual nos ha exigido hacer más eficientes nuestros procesos y ha implicado la postergación de ciertos proyectos de inversión, con un costo creemos que lo menor posible en términos de calidad. Lamentablemente, el esfuerzo realizado hasta el momento no parece ser suficiente, pues la amenaza de los nuevos aranceles regulados pende como una espada de Damocles sobre nuestra institución. Así las cosas, de no mediar una modificación por parte de la Subsecretaría de Educación Superior, esta fijación de aranceles implicará una nueva rebaja de ingresos para la Universidad, algo contra lo cual me rebelo, por existir a la base de este cálculo una mirada peyorativa respecto del aporte de las universidades privadas, cuestión en la que ahondaré en unos momentos. Ello desconoce todo lo que nosotras hacemos en términos de acoger a un número muy relevante de estudiantes pertenecientes a los primeros deciles de nivel socioeconómico, a quienes no solo damos una formación de excelencia sino que también insertamos apropiadamente en el mercado laboral, contribuyendo a hacer realidad la anhelada movilidad social. Es cierto, debemos aumentar las vías alternativas de ingresos, relacionadas con venta de programas de educación continua, con fondos públicos a los cuales seguiremos postulando incansablemente y con donaciones de aportantes y exalumnos que valoren la contribución a la sociedad que realizamos, pero de todos modos no podemos avanzar si la autoridad recela de los privados como pareciera ser. En suma, podemos decir que la gratuidad exige el compromiso de todos nosotros, incluyendo el del Gobierno. Por nuestra parte, conformaremos una unidad que específicamente dedique sus esfuerzos al levantamiento de recursos, lo que me compromete a mí en primer lugar, pero también al Consejo Académico y al Consejo Superior. Este es un trabajo que ciertamente debe hacerse de manera compartida.

En cuarto lugar, vinculado con lo anterior, aparece la **infraestructura**. Nuestra condición de campus urbano es decisiva respecto de lo que buscamos ser: una universidad que se funde con la ciudad, al alcance de todos, inmersa en la realidad urbana, para que -desde ahí- pueda contribuir y aportar a la sociedad. Lo anterior tiene costos desde el punto de vista del elevado precio que tiene el suelo en esta parte de la ciudad, lo cual limita, aunque no impide nuestra capacidad de crecimiento; en ese contexto, no podremos cerrar los ojos a potenciales oportunidades que surjan en otras ubicaciones. Adicionalmente, una situación financiera ajustada ha postergado ciertas renovaciones que debemos realizar. Por lo mismo, considero como un desafío de la máxima importancia avanzar tanto en la construcción de nuevos metros cuadrados de infraestructura como en la renovación de los existentes, para lo cual el trabajo que habremos de realizar en términos de levantamiento de recursos entre terceros será preponderante.

Como último eje de desarrollo, quiero referirme a nuestra **identidad católica**. Uno de los principales aportes a nuestra institución que realizó el rector Nazer durante su gestión, a mi juicio, están relacionados precisamente con la capacidad que tuvo de armonizar e imbricar el “gen” proveniente de los fundadores de esta casa de estudios, vinculados al liberalismo económico de los *Chicago Boys* pero también al amor por las artes y humanidades al que ya me he referido, con la identidad católica que aporta el ingreso del movimiento Regnum Christi. De esta forma, actualmente tenemos una universidad en la que confluyen ambas vertientes, las que se evidencian de buena manera en el nuevo modelo formativo, Finis Transforma. Pues bien, profundizar esta imbricación, declarar públicamente que somos una universidad católica pero sin desdecirnos de nuestro origen, es parte de este desafío. Como me lo comentaba hace pocos días uno de los decanos presentes, actualmente existen universidades cuyo ideario se fundamenta en una visión liberal del hombre, con un énfasis en la libertad económica, de emprender y en un resguardo de la propiedad privada. Y, por otra parte, observamos universidades católicas que no necesariamente tienen una

posición institucional respecto de los puntos anteriores. Pues bien, propondré que esta universidad sea vista, en cierta manera, como una institución en la que conviven en plena armonía la defensa de la libertad del hombre en diversos ámbitos -el económico incluido, por cierto- con una visión cristiana del hombre y del mundo. Aunque algunos postulen que existe una contradicción entre ambos términos -liberalismo e identidad católica- postulo que ello no es así o no necesariamente lo es. Recurro a una pregunta que ha rondado en mi cabeza desde hace muchos años: si Dios nos creó libres, esencialmente libres, ¿por qué hemos de esforzarnos nosotros por coartarle la libertad a nuestros hermanos, los hombres? No debemos olvidarnos que una universidad hermana, la Francisco de Vitoria, de Madrid, lleva por nombre precisamente el de un fraile que grandes contribuciones hizo a la economía al defender que el orden natural se basa en la libertad de circulación de personas, bienes e ideas.

Habiendo terminado de esbozar estos ejes de desarrollo, que -insisto- no serán los únicos, se me hace imposible no mencionar al menos **algunos de los enormes y diversos desafíos que enfrenta nuestro país**: la educación en general, la inmigración, la crisis de seguridad, el crecimiento económico, el incremento de la población de tercera edad, la falta de viviendas, el acceso a la salud, la ausencia de las artes y las humanidades en el espacio público, en fin... En todos estos puntos tenemos y tendremos una opinión como universidad, que busque aportar al debate público. Lo haremos a través de nuestro Centro de Políticas Públicas ya mencionado y también a través de la voz que nuestros académicos levanten. Así, habremos de aportar en la búsqueda de la verdad de cada uno de esos desafíos.

En esta ocasión, sin embargo, quisiera ahondar solo en el primero de ellos, específicamente en el relativo a la **educación superior**. En este tópico, seré extremadamente sincero y directo, como he tratado siempre de ser en todo orden de cosas. Actualmente, existen dos grandes amenazas que se ciernen sobre el sistema de educación superior y que afectan particularmente a las universidades privadas. Por una parte, se tramita el proyecto de ley de

Financiamiento a la Educación Superior, más conocido como FES. Tal como se encuentra diseñado, este proyecto implicaría la prohibición del copago para los estudiantes que accedan a este beneficio, lo que supondría, según estimaciones, un menor financiamiento para las universidades privadas cercano a los \$350.000 millones anuales, con el consecuente efecto negativo en calidad. El daño que se genera al subsistema universitario es enorme, pero especialmente afectadas se verán las universidades privadas que no están adscritas a la política de gratuidad. Por otra parte, en el último tiempo la Subsecretaría de Educación Superior ha estado abocada a la tarea de definir los nuevos aranceles regulados que -para quien no lo sepa- es el monto que el Estado nos traspasa a las instituciones de educación por cada alumno que estudia con gratuidad. Pues bien, los aranceles que hace pocas semanas propuso la Subsecretaría implican, en términos aproximados, menores ingresos para las universidades privadas adscritas a gratuidad estimados por \$26.000 millones anuales. **Sí, tal como acaban de escuchar.** Considerando, entonces, que por una parte se menoscaba la sostenibilidad de las universidades privadas no adscritas a gratuidad y, por otra, la de las que sí lo estamos, no cabe sino concluir que lo que se persigue -quizá no en la intención, pero sí en los hechos- es atentar seriamente contra las universidades privadas. Si bien soy el primero que reconoce que siempre podemos y debemos hacerlo mejor, no puede menospreciarse el enorme aporte que las instituciones privadas han realizado a nuestro sistema de educación superior, en diferentes órdenes de cosas, pero especialmente en la formación que ha entregado a miles de jóvenes, que literalmente les ha permitido cambiar sus vidas para bien, aportando a la movilidad social de nuestro país.

En este contexto, me pregunto por qué la autoridad querría afectar negativamente a las universidades privadas y, de esta forma, dañar la calidad de nuestro sistema de educación superior, a pesar de que él es, en términos generales, el mejor de la región. Asumo que, en su afán por recortar los aportes a la educación privada, el actual Gobierno no ve el detrimento que tendrá el sistema de educación superior como un todo, y que afectará

especialmente a los propios estudiantes a quienes dice apoyar. Dicho de manera más directa aún, parece inevitable no advertir una **mirada peyorativa e, incluso más, una cierta animadversión** de la actual administración respecto de la iniciativa privada en el ámbito de la educación superior, que socava la sustentabilidad de todas las universidades privadas existentes en nuestro país.

En otro orden completamente distinto de ideas, soy un convencido de que la cooperación debe ser la norma que rija las relaciones entre las universidades, sin mirar su condición de públicas o de privadas, sin importar la manera en la que están legalmente constituidas. Desde ese punto de vista, me encantaría que pudiésemos contar con una instancia en la cual todas las universidades, sin distinción alguna, pudiéramos reunirnos a conversar, discutir, establecer contactos y redes, y aliarnos para desarrollar proyectos en conjunto. ¿Por qué existe esa separación entre las universidades del CRUCH y las demás? ¿Hay verdaderamente una diferencia sustancial respecto de lo que buscamos y perseguimos afanosamente? Aun cuando no sea posible formar una instancia que reuniera a todas las universidades, al menos me gustaría que todas las demás -universidades privadas- pudieran ser parte de un solo grupo o consorcio. En ese sentido, pienso que la CUP -Corporación de Universidades Privadas- se erige como una entidad que felizmente podría recibir a otras instituciones que así lo desearan. Estoy convencido de que la colaboración es virtuosa para el sistema, para cada una de nuestras universidades y, en última instancia, para nuestros propios estudiantes, y ella se privilegia en una entidad como la que he mencionado.

Finalmente, me gustaría terminar estas palabras con un tono distinto. Hace pocos días atrás participé de un encuentro con el cardenal Fernando Chomali. Diversos fueron los temas que se abordaron en él, pero hay uno que me quedó dando vueltas: en tiempos complejos, convulsos, de problemas muy grandes y de incertezas, tanto en Chile como en el mundo, la Universidad está llamada a erigirse como un monumento a la esperanza. Ello porque efectivamente nuestra universidad da esperanza en diversos ámbitos: al

reflexionar con espíritu crítico, pero constructivo, respecto de las realidades sociales; al promover la movilidad social del joven que proviene de un contexto socioeconómico vulnerable y que, gracias a nuestro proceso formativo, se inserta rápida y exitosamente en el mercado laboral; al abrir sus puertas para que todos, sin distinción alguna, se sientan parte de esta comunidad; etc. En otras palabras, legítimamente debemos considerarnos agentes de esperanza; por ello, mi llamado final en esta ceremonia es a que miremos nuestra Universidad y nuestro actuar en función del bien que produce en nuestro país, en función de la esperanza que provocamos. Así, con más fuerza que nunca, los animo a seguir trabajando por una Universidad Finis Terrae cada día mejor, que sea una verdadera comunidad de personas y que entregue lo mejor de sí misma a nuestro país. Muchas gracias.

Santiago, 4 de abril de 2025.